



EL CORÁN ESCRITO Y EL CORÁN CÓSMICO

Por Héctor Ituarte

El Corán es la Palabra increada de Dios revelada al Profeta Muhammad para que el hombre vuelva a recibir una advertencia y enseñanza espiritual que ya había recibido antes a través de otros mensajeros. El Corán reconoce explícitamente a todos aquellos que enseñaron la Unidad Divina antes de que apareciera bajo una vestidura específica como la del Islam.

“Allah, no hay dios sino Él, el Viviente, el Sustentador”

“Ha hecho que descienda sobre ti el Libro con la Verdad, confirmando lo que ya había, al igual que hizo descender la Torá y el Evangelio”. (3.2)

Pero además del Libro Revelado hay otra manifestación de la Unidad Divina que está allí como “signo” y “símbolo” de la Majestad del Creador. Es la Naturaleza, es el Cosmos, es la misma Creación por la cual Dios también se manifiesta. Cada verso del Corán se denomina “*ayat*” palabra que en árabe sig-

nifica justamente “signo” y que no se refiere solamente a los términos coránicos sino también a las criaturas y al ser interior del hombre. Los *ayat* son los nombres y las letras divinas que comprenden los elementos del libro sagrado, el mundo macrocósmico y el interior del hombre. En el Islam la correspondencia entre el libro, el hombre y el cosmos es esencial para la espiritualidad. El Corán afirma en la Sura 41: “*Les mostraremos nuestros signos en el horizonte y dentro de ellos mismos, hasta que la Verdad les sea manifiesta*”. El libro sagrado del Islam es tanto el Corán escrito como el Corán cósmico.

Por esta razón, el sufí ve el cosmos como un vasto universo de símbolos cuya comprensión es una etapa del camino hacia Dios. Estos deben ser comprendidos e interiorizados antes de poder ser trascendidos. La visión del significado interior de la naturaleza hace que para el místico los fenómenos naturales se transformen de hechos en símbolos y la naturaleza se vuelva “transparente” en sentido metafísico. Los sufíes en general, los de la escuela de Ibn Arabi en particular, consideran la naturaleza como la teofanía (*tajalli*) de la Verdad Divina. Etimológicamente, teofanía es “manifestación de la divinidad”. El cosmos depende absolutamente de su Fuente Divina, sin la cual no sería nada.

El Corán escrito remite continuamente al Corán cósmico. En el libro revelado a Muhammad la exhortación a contemplar las maravillas de la creación se repite una y otra vez.

“Él es el que ha hecho descender el agua del cielo. Con ella hacemos brotar los gérmenes de todas las plantas; con ella producimos la verdura de donde salen las semillas dispuestas por series, y las palmeras cuyas ramas dan racimos suspendidos, y los huertos plantados de viñas, y los olivos y los granados que se parecen y que se diferencian unos de otros. Dirigid vuestras miradas a sus frutos, considerad su fructificación y su madurez. En verdad, en todo esto hay signos para los que comprenden.” (6.99:100)

“Él es el que ha extendido la tierra, el que ha puesto las montañas y los ríos, el que ha establecido parejas en todas las producciones, el que ha ordenado a la noche que envuelva el día. En verdad, en todo esto hay signos para los que reflexionan.” (3.3)

En la bella Sura de las Abejas, el capítulo 16, nos vuelve a decir:

“Él es quien hace que caiga agua del cielo para vosotros, de ella tenéis de qué beber y arbustos en los que apacentáis. Con ella hace que crezcan para vosotros cereales, aceitunas,

palmeras, vides y todo tipo de frutos, es cierto que en eso hay un signo para gente que reflexiona. Y ha puesto a vuestro servicio la noche, el día, y sol y la luna, así como las estrellas están sometidas por Su mandato; es cierto que hay en ello un signo para gente que razona.”(16,10-12)

¡No es acaso una lección maravillosa del Corán para que aprendamos a ver a Dios en la majestad de una montaña y en la humildad de un arbusto! Desde una semilla hasta el sol hay *signos* de la presencia divina, para “los que comprenden”, los “que tienen discernimiento”. Así el Corán documentado nos remite al Corán cósmico, la palabra divina nos guía hacia la teofanía que es la creación.

Hasta la Edad Media, cuando la Metafísica era una vivencia y no un tratado erudito, los místicos judíos, cristianos y musulmanes hablaban de dos libros por los cuales Dios se revela: La Sagrada Escritura y el Libro de la Naturaleza. En el Cristianismo, el “Cántico de las Criaturas” de San Francisco es un hermoso ejemplo de la visión contemplativa de la naturaleza. San Buenaventura también escribirá sobre las bellezas naturales como reflejos de la sabiduría y belleza de Dios:

“Quien no es iluminado por este esplendor de las cosas creadas es ciego;

Quien no es despertado por estos gritos es sordo;

Quien no alaba a Dios sobre la base de todos estos efectos es mudo;

Quien no descubre el Primer Principio a partir de signos tan claros es insensato.”

El Corán coincide con San Buenaventura, en la Sura de la Vaca, verso 166, cuando describe en forma análoga a los infieles (palabra que aquí debemos entender por ignorantes):

“Los infieles se semejan al que le grita a un hombre que no oye más que el sonido de la voz y el grito (sin distinguir las palabras). Sordos, mudos, ciegos, no comprenden nada.”

Debemos recuperar nuestra capacidad para la visión contemplativa. Tenemos que “saber mirar”, es decir mirar con el “ojo del corazón” en vez del “ojo de la mente” y así descubriremos a Dios no sólo a través de los textos sagrados de cada tradición, a través de Su Palabra, sino también en la Naturaleza que es Su creación. (Recordemos que Dios crea por Su Palabra). Podemos percibir con los sentidos que son el “ojo del cuerpo”, mirar con el “ojo de la mente” empleando nuestra razón para hacer ciencia, pero aquí nos interesa aprender a mirar con “el ojo del corazón” que es el “ojo del Espíritu”. Esta es la capacidad de visión contemplativa que descubre a Dios en to-

do. Contemplar el cosmos como una teofanía es comprender que toda manifestación del Uno es retorno al Uno.

El Corán habla precisamente de la ceguera de nuestros corazones:

“¿Es que no van por la tierra teniendo corazones con que comprender y oídos con los que escuchar?” “Y es verdad que no son los ojos los que están ciegos sino que son los corazones que están en los pechos los que están ciegos.”(22.45)

“No son ciegos sus ojos, sino sus corazones” nos advierte el Corán. La creación es bella, porque *“Dios es bello y ama la belleza”*, como cita una tradición profética. El segundo capítulo del Corán nos indica claramente que *“mires donde mires está el Rostro del Señor”*. El verdadero contemplativo puede ver a Dios en todo porque también se conoce a sí mismo. *“El que conoce su alma, conoce a su Señor”*. Esta actitud es también la que permite ver a Dios en la Naturaleza, porque hay reciprocidad, interacción, relaciones establecidas entre Dios, el Hombre y el Cosmos. Como dice nuestro manual *“conocemos para conocernos”*, conocer es ser, es la síntesis de la auténtica Metafísica. La noción central de la espiritualidad islámica que es el *Tawhid*, o Principio de Unidad, jamás concebiría a Dios, el Hombre y el Cosmos, como separados. La conciencia de la Unidad Divina permite al mismo tiempo reunir todo en Dios y

a la vez reconocer un orden jerárquico en el cosmos que parte del Principio Supremo y llega hasta la última criatura que es también una manifestación divina en su nivel.

“No hay más divinidad que la Divinidad”. Dios es Uno y todo remite a Él. Él es el Creador, el Sustentador, el que todo lo abarca, el que todo lo circunda. Entonces cuando miramos con el ojo del corazón, vemos todo en Dios y a Dios en todo. Lo mismo nos enseña Krishna en la estancia 7 del Bhagavad Gita: *“Todo entretelado está en Mí como sarta de perlas en hilo de collar”*. Los sabios sufíes suelen decir que Dios no está en el mundo, pero que el mundo está misteriosamente sumergido en Dios. La relación Dios-Hombre-Cosmos es primordial en la auténtica metafísica y el Hombre es un microcosmos análogo al macrocosmos. Por eso el conocimiento de uno mismo lleva al conocimiento del universo y el conocimiento del cosmos termina siendo una forma de autoconocimiento. Y como “el que conoce su alma, conoce a Su Señor”, insistimos, la actividad contemplativa ante la naturaleza nos termina revelando a Dios en nuestro corazón, el auténtico santuario.

¿Cuál es nuestra tarea ante estas enseñanzas? Debemos purificar la mirada, abrir el “ojo del corazón”, trascender los velos de la ignorancia que nos impiden ver las cosas tal cual son, suspender la actividad de la mente, salir de las ciudades hacia

la naturaleza virgen y detenernos a contemplar una flor, una roca, un mosquito. ¿Por qué no, si el Corán nos dice que “*Dios no se avergüenza de ofrecer como parábola, ora un mosquito, ora algún otro objeto más elevado*”? Abandonemos las interpretaciones de la mente y entreguémonos a la mirada inocente para que se nos revelen las maravillas que Dios ha creado y a través de ellas, se nos revele Él mismo. Con la ayuda de Dios educiremos en nosotros la conciencia de la Presencia Divina y este estado podrá repetirse cada vez que abramos el corazón a la Gracia (*baraka*) que fluye por la creación. Como nos enseña Shabistari: “*Bajo el velo de cada partícula está escondida la belleza del Rostro del Amado, que da frescor al alma. Para aquel cuyo espíritu vive en contemplación de la Visión de Dios, el mundo entero es el libro del Dios Altísimo*”.

Por el Prof. Héctor Ituarte

Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura
